

¡ENVIDO!... ¡DOS MAS!

RICARDO SALABERRIA OLAIZOLA



DESDE hace miles de años, casi desde que el hombre pisó la tierra, los Fiños residieron en su privilegiada parcela: la gloria terrenal. La mayoría eran morenos, de una morenez costosísima, conseguida con «polvos del desierto», nieve, playa, rayos puva...

A su alrededor los humildes Tipulas emigraban sin sosiego en tribus numerosísimas, buscando trabajo. Algunos de ellos, más sedentarios, vegetaban en sus lugares de nacimiento, carentes hasta de historias heroicas. También eran morenos, sobre todo en la piel lindante a la camiseta de tiras; una morenez de andamio, de zanjas y eras surcadas al sol.

Sucedíanse los años sin estruendosas trifulcas entre las dos tribus.

Los Tipulas debían obedecer, consecuencias del pecado original, a los mandamases Fiñeros y ello era aceptado y hasta bien visto. A veces, en hitos recordados por la historia, surgieron entre ambas tribus distantes estallidos de odio y rencor acumulados durante generaciones. Los botines de estas peleas daban como resultado que unos pocos Tipulas se transformaran en Fiños, que algunos Fiños mudaran a Tipulas y que la mayoría de los Fiños se afianzaran como mucho más Fiños.

En los largos recesos reinaba una sospechosa abulia que algunos denominaron resignación cristiana o serenidad oriental, según creencias.

...un mal día, no hace mucho, los Fiños tuvieron la ocurrencia de comprarse unos cochecitos pequeños y utilitarios.

— ¿Cómo hacen? ¿Cómo son? ¡A ver! ¿Cómo funcionan?
— ¡Cuidado con los niños, que los arrollan! ¡Mis gallinas!

Casualmente, en aquellos años, grandes masas de Tipulas se comprometían de por vida en la compra a créditos, a sangre, de unos pisos pequeñitos.

Mientras tanto, los Fiños, imparables, adquirieron flotas de coches más grandes, más brillantes, más rápidos...

Los Tipulas miraban sesgadamente y en su corazón nació una envidia irrefrenable. Codiciaban aquellos brillos, velocidades y libertades de movimiento...

Hasta que un Tipula, soltero y sin compromiso, muy bien empleado, consiguió comprar uno de los coches, abandonado para el desguace por un Fiño. Sudó para pagarlo con decenas de letras, pero mereció la pena. Además, fue un acicate para el resto de Tipulas acojonados.

Desde aquel día el cochecito—popó 4-4, huevo, escarabajo—se hizo imprescindible para el más mínimo movimiento. Muchísimos Tipulas compraron sus vehículos y miles de pegatinas multicolores para camuflar los oxidados de la chapa.

Pero los fines eran inalcanzables en aquella carrera de empuños motorizados.

Los «hombres del 600, del 850, del 1.500...» fueron en poco tiempo superados y pulverizados.

— Bueno, el 1.500 era un coche enorme y sólido. Era todo un coche.
— Sí. Era un coche para obispos, contratistas y gobernadores civiles.

Los Fiños, despreciativos, equipados con unos vehículos flamantes, sofisticados, automáticos, electrónicos, de inyección... adelantaban y «lijaban» a quien circulara por las carreteras nacionales. Inmediatamente se exigieron las autopistas. Los Tipulas, rechinando los dientes de impotencia, vaciaron sus haberes en las financieras y urgieron a la industria nacional del automóvil para que fabricara coches más aparentes y con diseños aerodinámicos.

El coche llegó a ser un ídolo venerado por ambas tribus: un ídolo exigente, pedigrüño, al que debían ofrecer sacrificios económicos, templo-garajes, impuestos y multas... y para saciarlo cruentamente: miles de víctimas ofrecidas a sus impares ruedas de caucho.

...y arribaban en grupos a todos los rincones de la geografía, por altos y escondidos que estuvieran. (SINDEUTERONOPIO, IV-7 y más).

Los Fiños, encastillados en sus clubes y sociedades de recreo, gruñían malhumorados:

— No se puede andar por parte alguna, evidentemente. Todo está lleno de domingueros, palmariamente, obviamente...

El día pasado acamparon junto ¡al campo de golf! ¡Cómo atufaron la pradera con sus fritangas y cómo ensuciaron de basuras el césped! ¿Quiénes? ¡Los Tipulas!, evidentemente. ¡Inaguantable!

Y decidieron huir hacia el mar verde-azul. Todos ellos se tornaron descendientes de Oquendo y de Blas de Lezo...

— ¡Qué paz! ¡Qué soledad! Puedes tumbarte en pelotas, sin mirones.

Adquirieron una motoras y solicitaron unos cursillos intensivos de navegación marítima. Se comprobó que el regalo más apreciado en las onomásticas era la brújula. La mar es peligrosa y de complicada orientación.

— Carlos, por favor, vete a los cursillos y consigue el título de piloto... con un buen nivel, claro.

— Sí, Fernandito tiene un buen nivel, un nivel muy alto; lo sé.

Los Tipulas, sentados en las playas y en las rocas, suspiraban al contemplar en el horizonte el disfrute salitroso de los Fiños. Mientras tanto, para quitar penas, deglutían ensaladas con olivas negras, bajo los árboles, al hilo de las aceras de la villa marinera.

En pocos meses, los Fiños pertrecharon sus veleros sedosos—un tres palos, tío—, y estibarón sus yates de mediano calado. Entre ellos hablaban de nudos, millas marinas, enfiladas y abordajes... ajenos a las miradas despreciativas y a la sorna de los mariñeles del puerto de mar.

Los Tipulas, dispuestos a la emulación, se hicieron con los primeros chinchorros y balsas hinchables. Más que en divertirse y en solazarse, se afanaban en pescar lo que fuese, lo que picara en los anzuelos.

— Pues, Emerenciano pescó cuatro kilos de chipirones...

— Al precio que están, los vendería, claro.

— Anda, Severino, cómprate una lanchita y nos forramos a pescar.

Las playas y las rocas empezaron a enfangarse con los detritus aceitosos de aquellos motorcitos. En los repletos pantanales del Club Náutico, Fiños y Tipulas, cada uno por su lado, organizaban viajes sin sentido, sin rumbo.

En el mar Cantábrico se suspendieron las regatas de traineras, porque era imposible despejar los campos de galeoteo de vaporcitos, lanchas y bateles repletos de curiosos.

Los Fiños se angustiaron, les estaban robando la libertad y el aire yodado del mar; además de comprobar que la promiscuidad con los pies descalzos es de las más odiosas—¡todo lleno de hongos!—, y decidieron mudar de elemento.

El aeropuerto cercano fue la solución. Tomaron clases de aeronáutica con pilotos aguerridos, profesores particulares, y, a la vez, importaron gráciles y plateadas avionetas—sí, una Cessna, un precioso Fokker, una Piper—para empezar a dibujar en el azul del cielo sus acrobacias y piruetas suicidas. El ronroneo de aquellos motores empezó a ser música impuesta, obligada, sobre todo los fines de semana.

Los Fiños veían a los hombres, desde las despejadas alturas, como hormiguitas pisoteables, molestas. Al fin dominaban la tierra desde allí.

— ¡Qué diferencia! ¡Qué gozada! ¡No tienen cojones para subir aquí, evidentemente!

— ¡Cómo vuelo! Haaaaaaaaa... laaaaaaaa. ¡Vuelta y revuelta, rizo y contrarizo!

El vértigo y el riesgo aéreo eran los valores sociales de moda. ¡Qué placer poder marearse hasta los huesos!, con tal de poder ser envidiado por los Tipulas, espectadores engurrñados de sus piruetas y que, obligados a mirar al cielo, apenas probaban la comida dominguera.

— ¿Cómo podríamos alcanzar ese cielo lejano?, suspiraban los pobres.

También el resto de los terrícolas caminaba inspeccionando los cielos finitos—profeta «Mirasielos»—, tratando de eludir los trozos de chatarra y los vómitos de los aeronautas.

Por su parte, los Bancos y Cajas de Ahorros, velando por los intereses de los ciudadanos, vinieron a solucionar, o complicar, la expansiva moda de la aerofilia. Para ello, proyectaron unas espectaculares campañas de regalos a los impositores: globos, zepelines, prototipos alados, avionetas biplazas, alas delta-épsilon-zeta, paracaídas y mil artilugios más... «para volar en cómodos plazos».

Se preparó buena. Los domingos, el cielo apreciaba un pantano invertido lleno de mosquitos metálicos.

Las Administraciones estatales y autonómicas multiplicaron y diversificaron sus retenes de guardias y crearon dotaciones voladoras para regular el caos aéreo.

La mayoría de los atestados por accidente se hacían ante un rimero de huesos con trozos de carne irreconocibles. En estos casos, el testimonio más repetido era el del oligofrénico del pueblo, que, horrorizado, repetía sin cesar:

— ¡Oztia, oztia,...! ¡Ze han dado ota oztia...!

Los niños tipulanos se divertían en las barquetas de los globos, meando sobre las alamedas atestadas de paseantes, mientras sus familias lanzaban alaridos de risa.

— ¡Mójales, Manolín! ¡Qué se jodan esos patosos!

Claro que los Fiños por su parte, ayudados por la tecnología, elevaron sus aviones a mayor altura, huyendo del tiiovivo de objetos volantes que picoteaban entre mil y tres mil metros. Consiguieron velocidades supersónicas, inalcanzables para las miriadas de tábanos invasores que aleteaban más abajo.

Un mal día, tras varios accidentes masivos que enlutaron a decenas de familias, los responsables mundiales de la aviación prohibieron a los particulares los vuelos a más de seis mil metros de altura.

Para entonces, el aire se volvió irrespirable y el ozono se deshizo en agujeros... y hasta las lágrimas eran ácidas. El cielo olvidó su azul. El ambiente se tornó metalizado y repleto de ruidos horribos. En los tejados de las casas fueron apiñándose trozos de alerones, chatarras retorcidas, bocadillos mordisqueados, excrementos...

Los peatones deambulaban con casco en la cabeza. Las lluvias llegaban negras y oxidadas, manchando las ropas coladas y tendidas.

Entonces, los Fiños, abrumados por el asedio aéreo, dieron el paso definitivo e inventaron la promoción de vuelos espaciales en naves tripuladas por astronautas, mejor norteamericanos. Unas promociones restringidísimas, a precios de Creso.

La «gente guapa» se hizo los chequeos médicos e inició unos sofisticados entrenamientos en unas bases espaciales secretas.

...y se abrió «la temporada de vuelos espaciales para gentes especiales».

Los comentarios de moda entre los Fiños sonaban así:

— Ayer vino Maripí de Venus y arribó malísima. El hidrógeno le sienta como un tiro, evidentemente, y no disfrutó de la curva elíptica que programa Sanders. La muy tonta se pasó el vuelo en el WC, vomitando. No se convence de que le va mejor, evidentemente, el clima de Urano, con sus bióxidos riquísimos, maravillosamente letales.

— Pues, Ignacio Mari me ha comentado que ha visto en Saturno unos rincones color rojo-púrpura, adecuadísimos para la instalación de unos talleres de marquetería. Evidentemente, es una actividad desconocida en aquel planeta y puede dar buenos dividendos. Un negocio rentable: enmarcar las fotos saturnales, «in situ», para venderlas en la Tierra con la inigualable pátina sideral.

Desde luego, Ignacio Mari ha sido un lince desde siempre, desde que anduvo en los Corazonistas y, luego, en las cooperativas.

Los Fiños, embutidos en trajes aluminados, disformes, que anulaban las diferencias de los sexos, se citaban en Plutón o en Júpiter, para pasar el fin de semana.

Parecían unos muñecos acolchados, horrorosos, como el de la Chichelín. Entonces se puso de moda una forma de andar muy extraña: dándose golpecitos contra las paredes, imitando los movimientos habituales cuando falta la gravedad, niña.

Aquel goce, compartido por tan pocos, duró unas décadas. Se veía venir...

Los Tipulas, aprovechando los adelantos de la tecnología, fueron organizando sus vuelos interestaciales, tipo «charter», en su mayoría con compañías rusas, para dedicar sus ahorros y vacaciones para andar de cabeza, dándose golpecitos en las esquinas. Lo lograron. Y dicho está. ¡Cómo se reían con los leves coscorriones siderales!

Aquello fue el caos total. Todos los planetas y estrellitas con luz propia, vírgenes e inmaculados hasta entonces, fueron hollados, raseados y enguarrados con toneladas de basura proteica y metálica. Los bárbaros cosmonautas arramblaron con todo lo que brillaba, tal como antes lo hicieron con los mejillones, lapas y percebes del litoral.

Se alzó el polvo sideral impenetrable. Las noches se volvieron opacas y las únicas estrellas que titilaban eran las de los belenes, allá por Navidad. Los telescopios eran casi inservibles y los astrónomos se equivocaban con frecuencia: cuando creían haber descubierto una estrella, en posición no fijada, era que habían avistado las irisaciones de las joyas de Paquita, la hija del churrero. El Sol apenas brillaba y no calentaba, anunciándose por ello la vuelta de una temible Era Glacial, de un invierno infinito.

...hasta que un domingo de verano, hacia el mediodía, cuando ni por cielo, tierra o mar había forma mecánica de

poder volar, andar o navegar a causa del universal atasco que se preparó, llegó la catástrofe más infausta que recuerdan las generaciones: reventaron los volcanes, los terremotos hicieron rechinar hasta las dentaduras postizas, se vaciaron varias «gotas frías», soplaron cientos de huracanes y tifones destructores... Se hizo de noche. La humanidad quedó amedrentada.

Entonces, destacando sobre aquellas furias de la naturaleza, se pudo oír nitidamente una voz solista, profunda y cansada, que dijo:

— ¡BASTA, IDIOTAS! ¡DEJAD QUE LOS PEATONES SE ACERQUEN A MI!

Al día siguiente, todos los gobiernos del globo terráqueo crearon unas comisiones para que estudiaran nuevas formas de vida social. Las comisiones trabajaron con ahínco, cosa rara, y lograron acordar y redactar un informe único para presentarlo a la ciudadanía. Decía así:

1. Se procesará al autor de este cuento. Urgimos su localización.
 - a) Por haber desvelado el detalle secreto de que existió una voz tronante el día de autos. Máxime, cuando a causa de los ruidos ensordecedores que acompañaban la actividad de los ciudadanos, esa voz fue desoída por la mayoría.
 - b) Por haber introducido en este asunto catastrófico un extraño componente teológico, no contemplado en las pólizas de seguros de accidentes, y que complica hasta el paroxismo las fórmulas de pago de indemnizaciones por parte de los Consorcios de Seguros Internacionales.
2. Además, se recomienda a la ciudadanía:
 - Eliminar la prisa (de los Fiños).
 - Perseguir la envidia (de los Tipulas).
 - Fomentar el diálogo (entre Fiños y Tipulas). Je, je, je...

Este día, precisamente, feneció la Edad Moderna y amaneció la EDAD DEL PEREJIL.